



Las tramas de la violencia

Tomás Moulian

Se cumplen 18 años de la muerte de Salvador Allende, quien intentó defender sus poderes constitucionales y fue abrumado por la fuerza. Las imágenes que hemos visto en estos días en la televisión nos permiten apreciar la magnitud del golpe de Estado realizado en Chile, la despiadada voluntad de usar todos los recursos para conseguir el poder. Allende sucumbió dentro de La Moneda en llamas, asaltada por las tropas y bombardeada por los aviones y los tanques.

Una parte de la izquierda venía soñando desde la década del sesenta con la violencia como recurso de la emancipación. En ese momento la violencia dejó de ser discurso, palabras sin peso, y cobró materialidad. Pero como una pesadilla, como la forma decisiva del des-

pliegue de una contra-revolución burguesa que no escatimó víctimas ni represión, instalándose sin contrapesos por dieciséis años en nuestra historia. Ese día se desnudaron las ilusiones y tramas imaginarias que la izquierda de la época había construido respecto de la violencia.

Puede decirse que en la década del sesenta tuvo lugar una resignificación de ese tema. Una parte de la izquierda, que necesitaba, por oscuras e inconsistentes culpabilizaciones, vivir la política como militancia sacrificial y heroica, cayó en una mistificación de la violencia que era más soreliana que marxista. En la elaboración de esta construcción mítica jugaron un papel decisivo tanto la influencia de la revolución cubana, como la necesidad del Partido Socialista y de otros movimientos surgidos en la at-

mósfera del 68, de construir una identidad política contrastante con la que tenía el Partido Comunista.

Este último afirmaba una concepción gradualista de la revolución, planteaba la posibilidad de un tránsito institucional realizado a través de reformas, diluyendo la lucha frontal por el poder. Se trataba de una teoría que aludía a la violencia de un modo instrumental y dentro de un diseño estratégico. Hoy día son claras las limitaciones de esa concepción. Pero por lo menos evitaba esa especie de relación mística con la violencia que se había esparcido por el continente con la revolución cubana y especialmente con el culto al Che Guevara.

Es necesario reconstruir la atmósfera cultural existente para hacer comprensibles los análisis y decisiones de los actores. No es por un síndrome suicida que una parte de la izquierda y sus diri-

gentes soñaron con la magia de una resolución rápida del problema del poder, coquetearon con la posibilidad de la violencia, alardearon de una fuerza militar de la que carecían. Esas conductas tienen una explicación. Existía en el imaginario político una tan intensa obsesión por la revolución que era rechazado por "minimalista" lo único realmente posible, seguir un camino de reformas que se fueran intensificando a través de la ampliación de las alianzas.

Esto solamente se entiende tomando en consideración que el capitalismo estaba a la defensiva como ideología, que no era capaz de plantear su modelo de sociedad como "buen orden" y que el socialismo era considerado no solamente el único camino de emancipación y de justicia liberadora, sino también una fórmula eficaz de desarrollo. Más aún, era concebido por numerosos analistas como el único camino de modernización en el caso de los países atrasados y periféricos. La izquierda del tiempo de la Unidad Popular construía la realidad a través de una ideología del proceso ininterrumpido, se creía poseedora de las claves de explicación de la historia. Hacía cálculos e intentaba orientar sus opciones políticas por una racionalidad instrumental. Pero definía los criterios de lo posible desde una visión esencialista del desarrollo histórico. El socialismo era una encrucijada necesaria en el camino ascendente de la historia mientras que el capitalismo representaba el pasado. En esas ideas, tan vigentes en aquella época, radicaba la explicación del optimismo triunfalista y de la ciega desaprensión frente a los peligros que amenazaban la estabilidad política. Todo se miraba pensando estar situados en el "buen lado" de la historia porque se representaba los intereses de las clases portadoras del porvenir.

No es extraño entonces que la izquierda de los 70 tuviera tan distorsionados sus criterios de definición de lo posible y que actuara como si el socialismo estuviera al alcance de la mano. La visión mecanicista del desarrollo histórico que inspiraba a muchos de los principales actores políticos e intelectuales, permite comprender las racionalizaciones que los empujaban al vértigo de la retórica revolucionaria.

Allende llegó más allá que nadie en el terreno político pero no avanzó lo suficiente. Para hacerlo habría sido necesario salirse del campo, transgredir los códigos, poner en cuestión lo que era ser de izquierda.

Hay un profundo significado simbólico en el hecho de que el gesto esencial de victimación fuera asumido por quien más hizo por apartar a la izquierda de ese camino. Allende representó, con más propiedad que nadie, especialmente en el período de la Unidad Popular, la reivindicación del camino institucional de tránsito al socialismo. En una coyuntura de intensa polarización hizo esfuerzos denodados por conseguir una resolución negociada de los conflictos y por impedir el "vaciamiento" del centro.

Llegó más allá que nadie en el terreno político pero no avanzó lo suficiente. Para hacerlo hubiera sido necesario salirse del campo, transgredir los códigos, poner en cuestión lo que era ser de izquierda. En decir, hubiera debido superar la idea de revolución y de sociedad socialista de la época, tal como eran definidas por la concepción bolchevique predominante.

Porque más allá de las diferencias, algunas tan esenciales como el modo de plantear el papel de la violencia como recurso de la acción, todas las fuerzas de la izquierda chilena de los sesenta pensaban en los marcos del discurso bolchevique. El eje central de éste consistió en la idea de que la toma del poder y su posesión no compartida eran la condición para realizar las transformaciones sociales que conducirían a la emancipación.

Para esa cultura política ser reformista o socialdemócrata era una herejía, pero, más que eso, era colocarse al borde de la historia, de la corriente arrolladora de las masas. Identificarse de

se modo era situarse en los márgenes, en un discurso transgresor que no era "decible" por un líder que buscaba ser "representativo" de las imágenes construidas por la élite sobre aspiraciones, mentalidades y expectativas típicas.

Esa fue la más grande limitación de Allende. Heredero de una tradición política que siempre fue reacia a aceptar plenamente el modelo bolchevique, no pudo imponer sus intuiciones políticas, moldeadas en la práctica, frente a las teorizaciones totalizantes de la década del sesenta, que se amparaba en la idea de cientificidad. Hay que recordar que ésa fue una época para la cual el socialismo de las

nacionalizaciones y de la dictadura del proletariado seguía siendo un ideal de sociedad, por lo menos en una América Latina esperanzada por la revolución cubana y la cual se vivía como dejada de lado por la modernidad.

Y hay que recordar que era muy difícil escapar a esa lógica, sobre todo porque Chile presentaba todas las posibilidades de ser el nuevo experimento socialista que demostraría que las mismas finalidades eran realizables con nuevas formas. Había que tener una especie de fuerza mesiánica para colocarse contra la corriente. Y Allende no tenía las características del líder rupturista. Aun siendo muy realista su horizonte político tenía un límite, conservar la unidad de una izquierda que se debatía en un dilema. De una izquierda que, pese a buscar una vía nueva, no abandonaba las rutinas sustantivas y simbólicas del modelo bolchevique.

No tuvo tiempo para darse plenamente cuenta de que era un momento de quiebre y no sé si tenía las aptitudes para provocar un giro. En ese momento, antes de que las enseñanzas de la historia hubieran generado nuevas condiciones, imponer una "revolución" en las maneras de pensar y de actuar de la izquierda hubiera necesitado una dosis de autoritarismo, de firmeza fanática en las propias convicciones y de menosprecio por la formalidad de los medios que Allende no tenía.

Carecía, entonces, de los recursos para detener esa vertiginosa marcha en el aire en la cual la izquierda se había embarcado. •